

¡Ay, niña! juntos lloremos  
 Nuestra desgracia inclemente,  
 Y no nos olvidaremos  
 De que de vivir tenemos  
*Con la ceniza en la frente.*



EN LA MUERTE  
 DE LA NIÑA D\*\*\*

.....  
 Porque al abrirse las puertas  
 Del misterioso ataúd  
 Hallan paz, vida y contento  
 Los que mueren como tú.  
 ZORRILLA.

❖ IERNO botón que en el pensil florido  
 Tus matices apenas ostentabas,  
 Y en la rama flexible,  
 A impulso de las brisas odorantes,  
 Con muelle oscilación te columpiabas.

Virginea flor, purísima azucena  
 De los jardines del edén caída

Para endulzar de una llorosa madre  
 Tan solo un día de su triste vida.  
 ¡Oh niña! fué la tuya transitoria  
 En el áspero erial del mundo vano,  
 Lo que en la mente de infeliz poeta  
 Una ilusión de gloria,  
 Que deja al fin al corazón insano.  
 Discurrió tu existencia  
 Como de Abril una mañana hermosa;  
 Como se posa en el humano pecho  
 El néctar del placer que deja al alma  
 Sumida en larga y bochornosa calma.

Pura, risueña, encantadora niña,  
 Emblema delicado de inocencia,  
 El mundo era un vergel en que yacías  
 De aromas regalado,  
 Con fuentecillas de alabastro tersas,  
 Con enramadas fértiles, umbrías,  
 Y al soplo perfumado  
 Del zéfiro suave  
 Los blondos rizos que tu sien velaban  
 Como el armiño blanca, se extendían  
 Por tus ebúrneos hombros torneados.

Los labios nacarados  
 Atentos con ternura  
 Al beso maternal que dulce, ardiente,  
 Sonaba en tu mejilla  
 Teñida suavemente  
 De rubor infantil con leve grana,  
 Cual la aurora al colorar temprana.  
 Adormida en pacíficos ensueños,  
 Regalada con plácidas caricias,  
 Feliz era tu vida;  
 Feliz, porque entre mágicas delicias,  
 El ángel tutelar de tu inocencia  
 Cubriendo con sus alas  
 La copa en que se liban los amores,  
 Iba regando con preciosas flores  
 La senda que seguías  
 En tus tranquilos, envidiables días....

De tí corría uraño  
 El pálido fantasma que amedrenta  
 Y llaman desengaño.  
 Las mil visiones de la mente loca  
 Con que nos brinda el mentiroso mundo,  
 Del genio huían de nevadas alas

Que á tu lado invisible te seguía  
 Con silencio profundo;  
 Y de su labio al aromado aliento,  
 Tu labio de coral se sonreía.

.....

¡Niña feliz! El angel cariñoso  
 Que des tu cuna te veló risueño,  
 Nunca apartó su lampo refulgente  
 Con que alumbró tu sueño:  
 ¡Oh, si por siempre con estrecho lazo  
 Pudiera estar unida  
 El alma del mortal á ese angel puro,  
 Dormir en su regazo,  
 Y confundir la vida con su vida!....  
 Mas ¡ay! que de la edad el vuelo triste  
 Aparta esa visión encantadora,  
 Y amor y pena, y sinsabores siente  
 El corazón en la ilusión demente.

Plugo á Jehová que, en tu infantil pureza,  
 Abandonaras el precario mundo,  
 Para que tu belleza  
 No se empañase al soplo envenenado

De las sin fin humanas desventuras,  
 Y fueras de sus célicas criaturas....

Y ya partiste, ¡oh niña venturosa!  
 Ya habitas la mansión del paraíso;  
 Y entre blancos querubens,  
 Entonas en las harpas melodiosas  
 De oro, con victoria,  
 Los eternos himnos de la gloria.

Te estoy viendo bullir á cada instante,  
 En torno de las gradas de diamante  
 Del trono en que la planta  
 Asienta el Hacedor del universo,  
 Gentil, alegre y pura  
 Como la brisa del jardín liviana,  
 Radiando de hermosura,  
 Entre arcángeles mil que con anhelo  
 Sostienen agrupados,  
 De púrpura exquisita  
 Y pedrería, el pabellon inmenso  
 En un confin del cielo,  
 Y allá entre nubes de sagrado incienso.

¡Oh! ruégale al Señor: dile que queda  
 En la tierra una madre desolada  
 Que llora tu partida....  
 ¡La segur de la muerte despiadada  
 Cortó tan tiernos lazos!  
 Y al huir, niña pura,  
 De sus maternos y amorosos brazos,  
 Las heces apuró de la amargura.

Dile que enjague su copioso lloro,  
 Que calme su profunda desventura;  
 Y que un día felice, bendecida,  
 A tí se vea para siempre unida:  
 Esto dile al Señor. ¡Oh! tú, ángel bello,  
 Que so el excelso trono,  
 Entonas con victoria  
 Los eternos himnos de la gloria.



## EL OTOÑO.

---

¿OYES silbar el viento proceloso  
 Entre los secos troncos, y en las peñas  
 No ves cual troza las marchitas breñas?  
 ¿No miras en los tristes arenales  
 Las pardas espirales  
 Del fugaz remolino vagaroso?  
 Mira el bosque desnudo  
 De sus pomposas galas:  
 Oye cual lanza su graznido rudo  
 El cuervo que se aleja  
 Hendiendo el aire con sus negras alas.

Contempla la arboleda, hermosa mía;  
 Ya no verdean las copas arrogantes

De aquellos fresnos que prestaban sombra  
 A la mullida alfombra  
 Del césped do tranquilo nos sentábamos  
 A mirar los cristales de la fuente,  
 Que á nuestros pies besaba mansamente  
 Las juncias y las cañas.

Los álamos del valle ¡cuán distintos  
 Se ostentan á mis ojos!  
 Erizados, desnudos,  
 Semejando esqueletos  
 Por cuyos brazos cruza el cierzo impío  
 Con silbidos agudos...

Mira la negra nube  
 Que empaña el azulado firmamento  
 Y vagarosa sube  
 Con ráudo movimiento:  
 Y en el ocaso opaco los celajes  
 Ya no remedan límpidos paisajes;  
 Cárdenas, tristes nubes se derraman  
 En informes, fantásticas figuras;  
 Lentamente se inflaman,  
 Se agrupan, se levantan perezosas,

Revelando á la ardiente fantasía  
 Creaciones peregrinas:  
 Montes, sepulcros, lúgubres ruínas...

¡Oh del ocaso negros nubarrones!  
 No me auguréis, por Dios, de mi futuro  
 La perspectiva triste en que algún día,  
 Seca la flor de la esperanza mía,  
 Se pierdan mis doradas ilusiones!  
 No reveléis falaces á mi mente,  
 Que ese campo sombrío  
 Que formais pavorosas,  
 Es remedo del campo en que mañana  
 Tal vez me arroje mi destino impío!

¡Ah, si tal vez amada de mi alma,  
 Tras de la dulce calma  
 Un negro porvenir allá se esconde!  
 ¿No ves que todo muere?  
 ¿No miras esas hojas que se agitan  
 Marchitas por el suelo?  
 Mira ¡ay tristes! do quier se precipitan  
 Con presuroso vuelo...  
 ¿Y á dónde van? ¡Quién sabe! Las arrastra

El poderoso impulso de los vientos,  
Y las lleva tal vez hasta el torrente  
Donde miserables caigan de repente,  
Y entre áridos peñascos se sepulten  
Hundiéndose en el cáuce eternamente!

Tú las viste nacer en la pradera,  
En tus mejores días,  
Cuando pasar solías  
En las tardes de alegre primavera.  
Tú viste engalanarse la arboleda  
Con follaje pomposo,  
Viste brotar las purpurinas rosas  
Que embalsamaban el ligero viento  
Y se mecían graciosas;  
Tú viste abrir el cáliz blanco y puro  
De la bella azucena,  
Do las límpidas gotas de rocío  
Eran como tus lágrimas, bien mío!  
Y allí escuchaste plácidos rumores,  
De las fuentes el lánguido murmullo,  
Y de la casta tórtola el arrullo,  
Y la armonía también de mis amores...

De mis amores, sí; por vez primera  
Sonó la lira mía,  
Para decirte en venturoso día,  
Hermosa, que te adoro,  
Que eres mi bien, mi vida, mi tesoro.....

.....  
¡Cuán ligeros pasaron los instantes!  
¡Ay Dios, que todo muera!  
Se alejaron los céfiros flotantes  
Cargados del aroma de las flores;  
Huyó la primavera  
Con sus dulces y lánguidos rumores,  
Con sus alados plácidos cantores,  
Con su diáfano sol que reverbera.

Se secaron las fuentes apacibles,  
Y do las ondas lentas discurrían  
Lamiendo el césped de vecina loma,  
Hay grutas do la víbora se asoma,  
Y reptiles que ráudos se desvían.  
El cáuce del arroyo el viento orea  
Y crece inútil verdinegra rama,  
En vez de la alba flor de la ninfea.

Todo cambió: de la feraz natura  
Se agostó el bello manto de verdura,  
Y de luctuoso velo  
Se cubrió el valle, el horizonte, el cielo...

Así tal vez, de ardientes corazones,  
Al embate de rápidas pasiones,  
Se extinga la ventura;  
Y así también en largos sinsabores  
Se truequen el placer y la ternura  
De nuestros dulces, férvidos amores,  
Y mañana quizás... funesta idea!  
Cual ese campo estéril y sombrío  
Miren ¡ay Dios! tu corazón y el mío...



## LA TEMPESTAD.

### SONETO.

Y A se agita la mar ondisonante  
Al rudo empuje de aquilón bravío,  
Y ya truena en el cóncavo vacío  
El flamígero rayo amenazante:

Va cundiendo el pavor á cada instante,  
Todo está triste, lóbrego, sombrío,  
Férvido entonces en el pecho mío  
Siento latir el corazón amante.

Y exclamo con acento lastimero:  
¡Oh Señor! ¡cuán magnánimo te ostentas!  
¡Tiembla á tus piés el universo entero!  
¡Ah! sí, bondad, cuánto poder alientas,  
Gracia, perdón, misericordia quiero  
Del alma en las terríficas tormentas.



EL ANGEL  
DE LA INOCENCIA.

Á UNA NIÑA.

ANGEL de blancas alas,  
De plácidos ensueños mensajero,  
Que abandonando las etéreas salas  
Desciendes á la tierra  
Á velar cabe el lecho de la virgen,  
En cuyo seno encierra,  
Como en vaso de oro,  
La virtud su purísimo tesoro.

Tiende tu manto de sin par blancura,  
Que derrame tu labio  
Tu aliento alhagador, blando, apacible,  
Sobre la casta frente  
De la niña sensible  
Que tu influencia mística presiente.

Baja de tu dosel de ricas nubes,  
Y á los piés de la hermosa  
Deshoja blancos lirios y azucenas,  
Dale guirnaldas de jazmín y rosa,  
Y aleja de su vista  
Del dolor las fatídicas cadenas.

Plegue á Dios que prolongues tu existencia  
Al lado de esa niña que te adora,  
Pues yo bien sé que la fatal sentencia  
En las alas del tiempo,  
Le traeré de pesar alguna hora.  
Y qué triste será, ¡triste y penoso!  
Que al influjo funesto  
De una negra pasión, el vuelo undoso  
Tornes dejando á la infeliz criatura  
La eterna mancha de la culpa impura.  
Vela, pues, á su lado eternamente;  
Angel de blancas alas,  
Conserva intacta su serena frente,  
Y no emprendas el vuelo de repente  
A las etéreas salas.

